

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,
D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, EN INAUGURACION
DE REUNION DE MINISTROS DE AGRICULTURA DE AMERICA LATINA
Y EL CARIBE - FAO

SANTIAGO, 28 de Abril de 1992.

Señoras y señores:

He querido estar presente en este acto para expresar un saludo muy cordial, en nombre del gobierno y del pueblo de Chile, junto con la certeza del compromiso y solidaridad de mi país con todos los países hermanos de Iberoamérica y del Caribe, frente a los problemas comunes que presenta nuestro devenir histórico.

Creo que es justo expresar en este acto un reconocimiento especial a la FAO, por la iniciativa de organizar esta consulta, de enorme significación por los problemas que aquí serán estudiados por ustedes, y por la trascendencia que ellos tienen en la vida de nuestros pueblos y de nuestro continente.

Es ocasión propicia esta también para expresar un reconocimiento general a la FAO por la acción permanente que desde su creación viene realizando en procura de crear conciencia y buscar solución a los problemas tan trascendentales para el desarrollo humano como son los de la agricultura y la alimentación.

No es mi ánimo extenderme en consideraciones sobre los temas que han sido ya tratados de manera tan elocuente por el subdirector de la FAO, Rafael Moreno, y por el Ministro de Agricultura de Chile, Juan Agustín Figueroa, pero permítanme muy breves reflexiones en torno a la trascendencia del tema que motiva esta reunión.

Si hemos de creer al libro del Génesis, al crear al hombre

Dios puso a su disposición todas las fuerzas y riquezas del Universo, crecer, multiplicaros, enseñoreados de la tierra, dominarla. Y a través de millones de años el hombre ha ido cumpliendo este destino, y no sólo aprovechando en su beneficio los vegetales, los frutos, los animales, los peces del mar, las aves del cielo, sino también las riquezas mineras y las fuerzas ocultas del Universo, como la electricidad, como la energía atómica.

Pareciera que en esta capacidad de dominación de que el ser humano fue dotado, intentara acercarse a Dios.

Sin embargo, algo ha pasado que nos demuestra que no somos omnipotentes. Por una parte, las generaciones han aprovechado su poder de dominación sobre la Tierra sin pensar en el futuro, tratando cada cual de gozar al máximo, disponer en plenitud de los bienes a su alcance y olvidándose que la humanidad continúa, que vienen nuevas generaciones que van también a necesitar de esos bienes. Y muy a menudo se ha explotado los bienes de manera que se produce su agotamiento y destrucción y se privan para las futuras generaciones.

Por otra parte, los hombres, los pueblos más poderosos, los que han dispuesto de mayores recursos o que primero tuvieron en sus manos las ideas o las formas de concretar sus apetitos, usaron y han dispuesto de estos bienes olvidando que están a disposición del ser humano, de la humanidad entera, y no sólo de una parte de ella.

Los pueblos ricos han aprovechado las riquezas de los pueblos pobres, y nosotros pertenecemos a una parte de la humanidad cuyo territorio dispone de grandes riquezas que no siempre hemos podido o sabido aprovechar en beneficio propio.

La distancia entre el norte y el sur es una realidad que empieza a ser reconocida en su significación de ofensa a la justicia y que exige, si queremos una humanidad en paz, fundada en valores de respeto a la condición humana, tenemos que tratar de superar.

La Conferencia sobre el Medio Ambiente que tendrá lugar en Río de Janeiro en Junio próximo, es un testimonio de que la humanidad de nuestro tiempo toma conciencia de la realidad de este grave problema. Y en esa Conferencia indudablemente que nuestros países, los países de Iberoamérica y del Caribe, tenemos problemas comunes, especialmente en relación a los temas que aquí serán objeto de vuestro análisis, en cuanto al desarrollo de nuestra agricultura, de nuestros bosques y de nuestros recursos marítimos.

Yo acostumbro a repetir algo que es para mí una profunda convicción: el gran desafío de nuestros pueblos es derrotar la pobreza. No habrá estabilidad democrática, no habrá pleno ejercicio, por todos los hombres, de sus derechos humanos, no habrá vida verdaderamente en paz en nuestro continente, y en muchas partes del mundo, mientras no seamos capaces de derrotar el flagelo de la miseria que aflige a grandes sectores de la población humana.

La cifra que aquí han sido dadas debieran golpearnos como latigazos en nuestras conciencias, y lamentablemente solemos olvidarnos de ellas. Y el problema es cómo derrotar la pobreza. Conciliar democracia, desarrollo económico y equidad social.

Ese es el camino que mi país está intentando seguir, ese es, en nuestro concepto, el camino que abre mejores posibilidades, con sentido humano, con los pies en la tierra y no meramente soñando, con realismo y a la vez idealismo, para realizar el destino a que nuestros pueblos tienen derecho.

Tratar de afirmar instituciones de convivencia colectivas fundadas en el reconocimiento de la dignidad de cada persona y en el respeto a las normas objetivas del derecho, una carta de convivencia social, tratar de desarrollar las potencialidades económicas de crecimiento de nuestras economías, sobre base de asegurar la subsistencia y la reproducción de nuestros recursos naturales, y tratar, al mismo tiempo, de que ese crecimiento, en el cual la iniciativa privada, el espíritu empresarial, el legítimo afán de lucro, tienen un papel importante que cumplir, por lo cual hay que fijar reglas claras y estables para que los hombres pongan en marcha sus iniciativas y trabajen con confianza, debe conciliarse con la necesidad de que los frutos de ese esfuerzo sean repartidos o distribuidos equitativamente entre todos, que no sean privilegio o botín de los más audaces ni de los que tienen más, sino que sean el fruto compartido por todos los que participan en el esfuerzo, y en el esfuerzo participan todos.

Y eso exige preocupación especial por los más débiles y exige, para llegar a grados de desarrollo verdaderamente humano en nuestros países, que los Estados no abdicuemos de nuestro deber de ser rectores del bien común y de defender a los sectores más pobres, a los sectores más modestos, a los más débiles.

Políticas orientadas a conciliar el crecimiento dentro de economías abiertas, competitivas, pero, al mismo tiempo, alimentar e impulsar la satisfacción de las necesidades elementales de los sectores más modestos, en salud, en educación, en vivienda, en capacitación para enfrentar la vida, son los grandes desafíos que tenemos nuestros pueblos en esta hora de la historia.

Señoras y señores:

Junto con reiterarles, en nombre del pueblo y del gobierno de Chile, nuestra más cordial bienvenida y nuestra solidaridad y nuestro deseo de éxito en esta jornada de trabajo que hoy se inicia, permítanme terminar expresándoles mi fe en que si trabajamos coordinando nuestros esfuerzos, inspirados en estos principios que me he atrevido a exponer, que no son principios de un país, ni de un partido, ni de una ideología, sino que son fundamentalmente principios de racionalidad humana y de solidaridad humana, podremos seguir avanzando hacia un futuro mejor para nuestras Patrias y para la humanidad entera.

Muchas gracias.

* * * * *

SANTIAGO, 28 de Abril de 1992.

MLS/EMS